

LA IDENTIDAD SOCIAL EN EL PAISAJE URBANO: EDIFICANDO NENYURE

Jorge Rivero
Director de cine
jorge@cortomieres.com

¿Qué ocurre cuando una comunidad pierde sus señas de identidad comunes? ¿Qué pasa cuando los estereotipos, con sus verdades y mentiras, con su estrechez de miras y sus autoconfirmaciones, se desvanecen hasta convertirse en un recuerdo entre romántico y épico? ¿Cómo se refleja la pérdida de la identidad de las personas en los espacios que erige, habita y abandona? Estas son algunas de las reflexiones que me impulsaron a construir un cortometraje descarnado y seco, entre la fantasmagoría y el documental, que me ayudase a comprender no tanto quién, sino qué era yo en relación con el lugar donde había nacido, crecido y que ahora llegaba a asfixiarme.

Entre el cúmulo de reflexiones, inseguridades y miedos que habitan “Nenyure” (Jorge Rivero. 2005) el reto principal era entrecruzar el final de una historia, el de la era gloriosa de la minería asturiana, con el fin (o el inicio) de otra, el paso de la infancia/adolescencia hacia la madurez de uno de los habitantes de ese entorno que había concebido como muestra representativa de la Cuenca Minera y también de Asturias, enfocando en ambos casos futuros inciertos y previsiblemente duros y dolorosos. La premisa que apuntala esta intersección es que cuando una identidad social desaparece también desaparece parte de la identidad individual de quienes habitan en esa sociedad. Así, la Cuenca Minera pasaba de ser un tradicional motor económico, industrial y energético, y también un bastión de la lucha obrera por la libertad y la dignidad, y también el lugar de mi infancia y adolescencia para convertirse en... (?). Ésa era la cuestión a tratar. ¿En qué se iba a convertir Mieres ahora?

La narradora, que no necesariamente protagonista, de esta historia muestra el mismo vértigo ante su futuro más inmediato que toda la juventud de la comarca minera asturiana, descubriendo su necesidad de escapar del hogar materno para enfrentarse a una nueva vida, ya que todos los signos y significantes de su infancia se habían desvaído hasta quedar como simples huellas, restos casi rupestres esparcidos por la pequeña geografía de ese microcosmos que es Nenyure. La angustia de la pérdida de una identidad clara de toda la región, y la imposibilidad tener una solución de continuidad con el pasado histórico, abocan a la juventud a la claustrofobia, al terror, a habitar un espacio de rejas, de ausencias, de huellas, de paredes contra las que chocar sin encontrar la salida; sintiéndose habitantes de un cementerio prematuro. La soledad de las fachadas.

Desde un primer momento planteé la utilización del paisaje monótono, abstracto y geométrico de mi barrio natal, el barrio de Vega de Arriba, en Mieres, no como escenario, sino como protagonista absoluto de la narración, despojándola de todo elemento humano. Y cuando éste aparece, lo hace generalmente de forma segmentada,

partida, descuidada, invitando al espectador a emprender un viaje al pasado para recrear imaginariamente aquel espacio nostálgico y alegre de la niñez, donde se olvidan (a veces por simple desconocimiento) los peores momentos para quedarse con aquella sensación de mundo ordenado, cartesiano, perfecto.

La elección de este espacio no fue sin embargo ni arbitraria ni sentimental. El primer acercamiento a una cultura desaparecida se realiza a través de su sentido de la arquitectura. Ella nos da las primeras dimensiones del concepto de la vida que poseen, y datos fundamentales para comprender su relación con el entorno y con los demás, dentro y fuera de la comunidad. Esta misma idea puede verse también reflejada en mi siguiente trabajo, “La presa” (2009. Jorge Rivero), donde la estrechez, sobriedad y hacinamiento de las edificaciones y viviendas construidas durante los años cuarenta en la ladera de una alta colina en Salime (en la montaña occidental asturiana) permiten hacerse una idea de las durísimas condiciones laborales y domésticas de los 3.500 trabajadores allí desplazados durante casi una década para la construcción del embalse del Salto de Salime (1948-1954).

El barrio de Vega de Arriba se concibió y edificó durante los últimos años de vida de Franco, y fue un proyecto de vivienda protegida destinada fundamentalmente a jóvenes parejas, la mayor parte recién casadas (como fue el caso de mis padres y de la mayor parte de nuestros vecinos), y dependientes de la economía minera. El barrio miraba directamente hacia una de las mayores explotaciones mineras de la zona, de la que nos separaba apenas una carretera y un muro, siendo esta además la única mina integrada en el casco urbano de Mieres[1]. El barrio fue planificado de forma diferente a otras colonias primordialmente mineras de la villa, como la adyacente Santa Marina, las viviendas del Grupo San José o el barrio de San Pedro, que seguían el modelo habitual durante los 50 y 60 de barrio de colominas, de edificios bajos de tres plantas y casas pequeñas con habitaciones minúsculas. Vega de Arriba suponía una considerable evolución, pensado más ya como una urbanización moderna y confortable para clases trabajadoras, con espacios deportivos, grandes plazoletas para los niños, trazado circulatorio interno y, con el tiempo, comercios básicos, bares e hileras de cocheras. El tamaño de los edificios se multiplicaba, al menos en los bloques delanteros, donde alcanzaban los siete pisos, con cuatro viviendas por planta y dos ascensores. También crecían las viviendas, que podrían superar los 100 m² [2]. Todo ello representaba una apuesta por el futuro, por una nueva generación que estaba a punto de definir el futuro de un país a las puertas de la libertad tras 40 años de una dictadura que en las Cuencas Mineras se había mostrado especialmente dura, y que se venía enfrentando cada vez con más frecuencia a la lucha sindical que reclamaba mejoras en las condiciones de trabajo y también más espacio de participación y gestión en la gran industria minera. Resultado de todo aquello fue sin duda Vega de Arriba, un nuevo barrio que simbolizaba el próspero futuro de la minería asturiana, capitana también de la fuerza obrera de todo el país, como lo había demostrado y reivindicado en Octubre del 34, en las huelgas de los 60 y todas las que vinieron después hasta finalizar aquellas Navidades de 1992 que terminaron con la aceptación de las sustanciosas jubilaciones de los mineros a cambio del progresivo cierre de las explotaciones[3].

Así, dejamos de ser una comarca minera, sin saber qué seríamos a partir de entonces. Una de las escasas alternativas que se dieron para suplir la identidad perdida fue la

construcción de un campus universitario, que ofrecería nuevas esperanzas de futuro a la zona, pero al cabo de casi 20 años, esta opción no ha cristalizado de una manera fructífera, y nadie considera Mieres como una ciudad universitaria, al nivel de Oviedo o Gijón.

Como consecuencia directa de esta política, los jóvenes de las cuencas asturianas se han visto forzados en buena medida a abandonar la comunidad en busca de horizontes laborales más prometedores, haciendo disminuir rápidamente la población, en especial la de menores de 35 años de la comarca[4].

Era pues, este el contexto que quería poner en primer plano, valiéndome para ello de la soledad, el abandono, la pérdida, la ausencia y un sentimiento de fraude hacia la historia y hacia las generaciones anteriores. Los edificios se erigieron entonces como los únicos testigos reales de la historia, incapaces de ocultar lo que ocurría en ese momento.

La plazas desiertas; las ventanas con las persianas bajadas; los muros frontales, inexpugnables, eternos. El mobiliario urbano roto; los jardines asilvestrados; la tristeza de las fachadas. Y por encima de todo esa verticalidad que te aplasta y te impide ver el horizonte. De nuevo la noche, y las rejas, y los edificios desestabilizados en enc uadres forzados y vertiginosos. Y el silencio mortal que acompañaba la comparación del barrio con un cementerio, lleno de crípticas referencias a un pasado huido, con su reventado monumento a los mineros muertos, con su campus a medio camino entre bunker soviético y mausoleo egipcio, con su lápida conmemorativa, con el cadáver en descomposición de una mina, que fue justo el escenario del principio del fin[5].

La senda de la abstracción.

La pérdida de la identidad social lleva a los lugares y a las personas a desligarse de su historia y su cultura, y más aún cuando va acompañada de la mudanza a otro espacio. La historia debía así quedar relegada del primer plano y quedar como un eco, una resonancia en el discurso de la narradora, como algo casi místico o supersticioso, un lejano poso que se recuerda como un sueño; como se recuerda la niñez. En este contexto desolado y desolador, sólo quedan los edificios, las plazas, los bancos, el jardín de juegos sobre los que proyectar la sensibilidad del personaje ausente. Así, a medida que se construye una atmósfera más y más opresiva y oscura, la representación de esos motivos se va volviendo más y más amenazadora, ya que han ido cargándose de la misma carga psicológica de la narración: los planos se convierten entonces en los auténticos narradores a través de lo que muestran y de lo que sugieren.

La repetición constante de los mismos motivos va haciendo que poco a poco se vayan despojando de su significado, como una palabra que se pronuncia demasiadas veces seguidas. Perdemos entonces su capacidad de representación real para adentrarnos en un nuevo intercambio con las imágenes, apreciando las relaciones que brotan de la composición: la tensión, la geometría, el vértigo, el ritmo, la rima. Se avanza así hacia un lenguaje más abstracto y expresionista (como en la secuencia de la noche) escapando de la narración historicista y positivista habitualmente asociada al documental en pos de una expresión más emocional. La finalidad de la película nunca ha sido dar a conocer los pormenores de la crisis de la minería asturiana y sus consecuencias, sino la de expresar las sensaciones y sentimientos que se desprenden del fin de una época. “Nenyure” deja de lado hechos y lugares [6] conscientemente, del mismo modo que

utiliza el inglés como un lenguaje que indica una ruptura con el pasado, con la identidad tradicional. El habitante de Nenyure ha pasado a convertirse en un ser anónimo, sin pasado ni futuro y con un presente incierto. Se ha convertido, al igual que los motivos de las imágenes, en un sujeto abstracto. Esto mismo le ha ocurrido a la Cuenca Minera asturiana, que al quedarse sin los referentes sobre los que se apoya su identidad se ha convertido en un concepto tan neutro como el nombre de cualquier otro lugar desindustrializado y vacío, llámese Gales, Riotinto, Olleros o Dawson.

Atravesar la senda de la abstracción nos ha permitido conectar así todas estas tramas e historias que se desdibujan en el tiempo y en el espacio y que sin pretender componer un retrato realista de la realidad asturiana, es un testimonio verdadero, aunque nunca objetivo, de una época, un lugar y unas personas, de sus preocupaciones y ansias.

Con todo ello, en “Nenyure” he querido explotar paisajes en desintegración, vacíos en la medida de lo posible anónimos, como un medio por un lado de partir de la particularidad a lo universal, y también descendiendo por un camino hacia el vacío de significado como síntoma de la pérdida de la identidad común tradicional, sin miedo a introducir en el contexto del documental recursos propios del terreno de la ficción (el personaje inexistente que narra en off una historia predefinida, inventada, pero no incierta; una banda sonora completamente desnaturalizada; elementos del lenguaje fantástico y terrorífico).

Ese camino hacia la abstracción que hemos recorrido trata de trascender al marco histórico y geográfico para introducirse en la psicología social de los habitantes de la Cuenca Minera asturiana, especialmente de una juventud desorientada a la que las instituciones animan a formarse para luego dejar la región en busca de un futuro mejor, lo que acaba en definitiva de redundar en la crisis social e identitaria de la comarca, además de la económica: todos los esfuerzos económicos invertidos en la formación de nuevas generaciones de trabajadores asturianos no se ven nunca recompensados ya que la actividad profesional se desarrolla fuera de Asturias y los réditos e impuestos generados no repercuten en la región.

No creo, por todo ello, que “Nenyure” constituya un relato localista contextualizado dentro de un marco geográfico, político y temporal concreto, sino que responde en su doble vertiente, la social y la íntima, a efectuar un retrato común de una sociedad moderna, postindustrial y urbana, con una profunda crisis cultural dentro de sus clases trabajadoras que vemos agravar poco a poco en las nuevas generaciones, incapaces de perpetuar los esquemas anteriores y de encontrar un camino nuevo y personal, sino que tan sólo asiste asustada y pasiva al derrumbe y abandono de los viejos edificios que mantenían la comunidad.

[1] Cito sólo barrios de la Villa de Mieres, aunque complejos equivalentes pueden encontrarse en todas las ciudades y pueblos de la Cuenca Minera asturiana, así como en los núcleos industriales principales de Avilés o Gijón.

[2] Se diseñaron varias distribuciones de vivienda, de 2, 3 y 4 dormitorios, además de baño, salón, cocina y recibidor, para alojar a familias más o menos numerosas.

[3] Desde 1992 se cerraron en las Cuencas Mineras del Caudal y Nalón la casi totalidad de explotaciones mineras, quedando en la actualidad en funcionamiento sólo el Grupo San Nicolás/Montsacro en Mieres y los pozos Sotón y María Luisa en la zona del Nalón. Hunosa, la principal compañía minera asturiana, perdió el 77% de sus trabajadores entre 1990 (18.250 trabajadores) y 2004 (4.100). En 1971 había llegado a emplear a 26.590 personas de forma directa. (Datos La Voz de Asturias 03/01/2005).

[4] Según inicia la Consejería de Salud y Servicios Sanitarios del Principado de Asturias en su informe “Mortalidad en las Cuencas Mineras 1987-2003” (D.L. AS-1929-2005): “Las Cuencas Mineras han envejecido más rápidamente y han perdido mucha más población que el resto de Asturias en los últimos 15 años”. O dicho de otro modo : “La crisis minera del carbón ha tenido una influencia decisiva en la pérdida de población en las comarcas que viven fundamentalmente de este sector. Mientras Langreo ha disminuido en 5.979 habitantes en el último decenio, lo que representa el -11% de su población, la caída demográfica en Mieres se situó en un -10%, al sufrir un descenso de 5.763 personas”, (Fuente: La Voz de Asturias 24/12/2002, acerca de la población asturiana en la década de los 90) y “En la última década y a pesar de que la última reestructuración de la minería ya había pasado sus efectos más duros las cuencas perdieron 19.000 habitantes. Solo Mieres ha visto como decrecía su censo en 6.508 habitantes y Langreo en más de 4.000. Aller perdió 3.000 habitantes que es un quinto de la población que tenía en 1999. Y algo similar ocurrió en San Martín del Rey Aurelio que bajó en 2.685, más de un diez por ciento del censo de hace una década” (Fuente: La Voz de Asturias 04/01/2010, sobre la población asturiana entre 2000 y 2010).

Para terminar de definir el panorama, podría añadirse que: “Los diez concejos de las cuencas del Nalón y del Caudal superan en conjunto los 11.000 parados, 11.370 exactamente”, con un 12,6% de paro en Langreo y un 8,7% en Mieres (Fuente: La Voz de Asturias 04/02/2009). Además, el Caudal es la comarca con menos menores de 25 años de toda Asturias, y el 24,23% son mayores de 65 años (Fuente: La Nueva España 28/02/2010). Y la reciente noticia: “90.000 asturianos de entre 18 y 34 años carecen en absoluto de ingresos. 23.000 jóvenes de Asturias ni estudian ni trabajan” (Fuente: La Nueva España, 19/03/2010).

[5] “El pozo Barredo fue el escenario de un encierro protagonizado por las comisiones ejecutivas del SOMA-UGT y del Sindicato Regional de la Minería de CC.OO. de Asturias en las fiestas navideñas de 1991. El 23 de diciembre de 1991, 36 sindicalistas, encabezados por José Ángel Fernández Villa y Antonio González Hevia, se encerraron en el interior del pozo, en la 4ª planta, en protesta por el Plan de Reconversión Industrial de HUNOSA. Mientras duró el encierro en el exterior del pozo, en Mieres, y en Asturias, en general, se sucedieron las movilizaciones en contra del plan. Los encerrados recibieron la visita de los secretarios generales de UGT y CC.OO., Nicolás Redondo y Antonio Gutiérrez, respectivamente, en apoyo a sus reivindicaciones. El encierro culminó el día 3 de enero de 1992, con los encerrados aclamados por una multitud que fue en manifestación a recibirlos a la salida del pozo. El encierro de Barredo es considerado uno de los hitos del sindicalismo minero asturiano, marcando el fin de una época”. (Fuente: Wikipedia).

[6] *Nenyure* es una palabra del asturiano que significa “ninguna parte”, aunque apenas tiene uso coloquial. Denominar al así espacio urbano de la película permite evitar el reduccionismo localista y escapar de caer en los terrenos del documental pragmático y directo sobre hechos, personas y lugares. *Nenyure* queda así como una resonancia del pasado tradicional, una palabra casi esotérica que se resiste a sucumbir al borrado de la historia.